

*FRANCISCO MONTES PAQUIRO, HÉROE SOCIAL, EN  
LA VIDA Y EN LOS PERIÓDICOS DEL SIGLO XIX*

Juan Carlos Gil González\*



I. LA PRENSA COMO NECESIDAD PARA  
EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO



José Ortega y Gasset, de cuya muerte este año celebramos el cincuenta aniversario, definió el periódico castizamente como «plazuela intelectual». Acertado sintagma nominal con el que metafóricamente se hacía alusión a un espacio en el que las noticias pasan, se discuten, desaparecen de un día para otro; zona en la que los comentarios se entrecruzan y confrontan con más o menos vehemencia.

En definitiva, un lugar abierto a la discusión, una especie de mentidero ilustrado en el que los sustentadores de diversas opiniones hacen públicas sus batallas dialécticas. La opinión pública, por tanto, no es una realidad etérea, intangible sino que, muy al contrario, se teje, se elabora, se confecciona con retazos de la actualidad, y en cuyas texturas tienen fundamental incidencia los medios de comunicación.

Esta realidad meridianamente constatable ha sido aceptada por la historiografía hace apenas unos cincuenta años, ya que al periódico se le consideraba una mera fuente documental de escasa trascendencia histórica. «Existía –según ha sostenido

---

\* Profesor de la asignatura curricular “Toros, Sociedad y Periodismo” en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

María Dolores Sáiz– una tradición de rechazo hacia un medio al que se tachaba de oportunista, manipulable, falto de rigor y de valor exclusivamente coyuntural» (1983: 12).

Pero si aceptamos que todo medio impreso tiene unos fundamentos y unos fines determinados, es lógico pensar que un estudio minucioso de la legislación de la prensa, de los privilegios de los que gozaba o de la plana mayor de sus propietarios, pongo por caso, deben ser elementos fundamentales para conocer quiénes son los que socialmente se expresan, quiénes son los destinatarios de los mensajes, qué intenciones subyacentes persiguen...

Los nuevos investigadores de la comunicación han cubierto la carencia existente respecto al estudio de los géneros de la prensa popular, sin cuyo conocimiento es difícil concebir la urdimbre ideológica y cultural de cualquier época histórica. Lógicamente para completar esa radiografía sociológica habría que tener en cuenta otros documentos, como cabeceras, precios, estadísticas, publicidad, directores periodistas, novedades tecnológicas introducidas en la impresión y en la distribución.

Por ello, como ya defendió Vázquez Montalbán, «la historia de la comunicación social implica, en una concepción moderna, la existencia histórica de auténticos medios de comunicación y de masas intercomunicadas. Ello supondrá que existen unas fuentes de noticias, un sistema de transmisión de las mismas, unos polos de recepción y unos receptores que hayan planteado una demanda de información» (1980: 7).

Con estas pinceladas introductorias pretendemos reivindicar la importancia del estudio de los medios de comunicación para el conocimiento histórico de los hechos sociales, al menos desde la implantación del incipiente capitalismo. No de otra forma debe entenderse la reflexión de Habermas, el cual ha propuesto que «el capitalismo temprano estabiliza, por un lado, las

relaciones estamentales de dominio y pone, por otro, los elementos en los que aquéllas habrán de disolverse. Nos referimos a los elementos del nuevo marco de relaciones: el tráfico de mercancías y noticias creado por el comercio a larga distancia» (1994: 53).

Cuando el discípulo más joven de la Escuela de Frankfurt se refería a los comerciantes que habían rebasado los estrechos límites de la ciudad, creando una red de valores mercantiles a nivel internacional, estaba pensando en la alta burguesía, es decir, en un público lector de prensa que rápidamente se percató de que, además de vincular sus pretensiones a las del Estado, necesitaba contar con el apoyo de la opinión pública para perpetuar como razonables los intereses propios de su clase.

Se deduce fácilmente que para redactar una rigurosa historia total de cualquier acontecimiento, además de hacer incursiones en el campo de la sociología y la economía, además de mantener una relación crítica con las fuentes directas, no se pueden desperdiciar, aun con todas las cautelas científicamente exigidas, los datos publicados por los periódicos. Ésta es una fuente de información sobre cuestiones precisas, pero además, según Tuñón de Lara, «expresa corrientes de opinión, actitudes políticas, ideológicas, y también es una fuente que recoge las mentalidades de un época (sobre todo en reportajes, sucesos, humor, anuncios, correspondencia de lectores...)» (1977: 243).

Si un acontecimiento es publicado por la tipografía impresa no sólo existe, sino que presupone además que interesa a un grupo de personas, con independencia de que éste sea mayor o menor. Por ejemplo, la muerte de Dato, por sí sola, influyó poco en la opinión pública. En cambio, según Aubert, «la de Canalejas produjo, una venta disparatada. La de Maura, que fue unida al relato del entierro de Pablo Iglesias fue un fracaso periodístico.

La de *Joselito* produjo el vértigo, *El Liberal* infringió el descanso semanal y distribuyó en la mañana del lunes, gratuitamente, cerca de 80.000 ejemplares» (1977: 64).

Con estos ejemplos queda demostrado que estas *verdades oficiales* cuentan con ciertas representaciones que pueden ser espigadas a través de los periódicos y que éstos son un complemento sustantivo para comprender, en toda su dimensión, la audiografía del ruido que provoca un hecho que merece ser recordado por las generaciones venideras.

## II. PERIÓDICOS, TOROS Y SU ESPECIAL INCIDENCIA EN LA SUI GENERIS ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA

No han sido pocos los historiadores tanto del periodismo como de la literatura que han defendido que los primeros cronistas taurinos fueron hombres de letras de la talla de Cervantes, Calderón, Quevedo<sup>1</sup>... Nosotros, sin embargo, mantenemos que dicho juicio no deja de ser una afirmación lúdicamente generosa puesto que los poemas que abordan el tema taurino, así como la gran cantidad de Relaciones de los siglos XVII y XVIII en las que se describen juegos de cañas y toros, además de no tener un carácter netamente informativo, son narraciones en las que lo taurino constituye una referencia tangencial.

---

<sup>1</sup> También el poeta sevillano Joaquín Caro Romero ha sostenido que Francisco de Quevedo y Villegas se encuentra en la nómina de los primeros cronistas taurinos y para ello pone como ejemplo el romance titulado “Las cañas que jugó su Majestad cuando vino el Príncipe de Gales”. Tras su lectura puede afirmarse que estamos ante uno de los primeros ejemplos de propaganda política más que ante un texto informativo.

La finalidad primordial de dichos textos era enaltecer las virtudes heroicas de sus nobles participantes, de ahí el detallismo en la descripción del exorno del ropaje, el ensalzamiento del arrojo de los caballeros, de su garboso andar, de su inteligencia para zafarse del incesante peligro... Es decir, que



Fig. n.º 41.- *El torero y la manola*. Apud Claramunt, F. (1989): *Historia Ilustrada de la Tauromaquia I*, Madrid, Espasa-Calpe, pág. 544.

los trazos taurinos sólo eran utilizados en tanto en cuanto hacían refulgir los símbolos de poder del estamento poderoso de la época.

Si interpretamos estas narraciones de pasajes taurinos, podemos inferir varios aspectos de indudable trascendencia; a

saber: a) la pasión de la sociedad en su conjunto por esta peculiar confrontación con el toro, ora desde un plano superior (los nobles desde sus cabalgaduras), ora desde el mismo plano, a ras de suelo (los mozos en las capeas, capeadores, chulos y auxiliares); b) la ineludible conservación de este singular toro salvaje y bravío que en lugar de huir ante el castigo acrecienta su acometida ya que, en la Península Ibérica, a diferencia de lo que ocurría en el resto del Viejo Continente, este animal gozó de cuidados y saneamientos en las inmensas extensiones concejiles, en lugar de ser cazado furtivamente; y c) finalmente, si ya teníamos a toros y a protagonistas de diversa estirpe que se enfrentaban a él, puede colegirse la presencia de un amplio número de personas, festeras y enloquecidas, que se sentían atraídas por ese enlace ritual y sangriento de la vida y la muerte.

Con todo, la pervivencia de la fiesta de toros casaba mal con las corrientes filosóficas de la Ilustración, cuyo designio último se resumía en superar nuestro fondo de salvajismo, propio del estado de barbarie, para conseguir una existencia humana reglada por la Razón y la Ciencia. La prensa ilustrada (*Diario de los literatos de España, El Pensador, El Censor...*), a través de plumas tan insignes como la de Jovellanos, Conde de Aranda, Clavijo y Fajardo, el padre Feijoo, Campomanes..., ofreció sobrados argumentos contrarios a esta peculiar forma de diversión del pueblo español. Algunos autores sostenían que las corridas de toros auspiciaban un despilfarro injustificado que revertía en perjuicio de las arcas públicas; otros, sin embargo, las calificaban directamente como espectáculo inhumano, propio de bárbaros, y contrarias, por consiguiente, a la moral cristiana.

Aunque en el otro lado de la trinchera podemos citar a Iriarte, Meléndez Valdés, Nicolás Fernández de Moratín..., ni éstos ni aquéllos percibieron que el pueblo español no estaba en

condiciones de aceptar ninguna transformación social, política, moral o económica que proviniese desde arriba. Con lo cual, la moda filosófica consistente en encauzar las pasiones incontrolables mediante un cálculo racional del beneficio propio apenas caló en la mayoría de la sociedad. El pueblo español, por soberana decisión, se mantuvo al margen de los gustos y tendencias ilustradas.

Pero lo que no lograron ni los discursos filosóficos, ni los textos científicos, sí lo alcanzó la Tauromaquia, que fue capaz de introducir un sistema de signos adecuado para transmitir esa clase de información que por entonces circulaba por Europa. En España, el pensamiento ilustrado fue sustituido por el código ético y estético del toreo.

«Puesto que los toros se institucionalizaron durante la ilustración afrancesada –y precisamente pese a ella y contra ella– ello quiere decir, según escribe Gil Calvo, que constituyen justamente la subterránea y profunda ilustración española. (...). Frente al despotismo ilustrado que trata de imponerse desde arriba hacia abajo, el pueblo diseña soberana y colectivamente una suerte de heroísmo ilustrado que implica nada menos que todo un proceso de modernización que emerge desde abajo hacia arriba» (1989: 26).

La fiesta de toros representa la victoria de la razón humana frente a las fuerzas incontroladas de la naturaleza superiores a ella; pero, además, para conseguirlo se exige la necesaria aplicación de unos conocimientos técnicos aprendidos en los mataderos donde no importan los galones nobiliarios; y, como consecuencia de lo anterior, se produce el ascenso social de individuos de rompe y rasga que, tras sus hazañas taurinas, empiezan a codearse con las personalidades que ocupan la cúspide social. La Tauromaquia debe inscribirse, por tanto, dentro «del vasto proceso de modernización económica, sociopolítica y cul-

tural que por aquella fecha recorría Europa, como motivo de la disolución de la sociedad estamental» (1989: 27).

Por su parte, los periódicos, ya desde mediados del siglo XVII, con la *Gaceta de Madrid* al frente, sí vieron que en España se ideó y luego cristalizó esta vehemente afición a la lidia de los toros hasta convertirse en una necesidad. Dedujeron con facilidad que los festejos taurinos eran un espectáculo genuino y exclusivamente español que servía para caracterizar-nos exclusivamente. Supieron ver que lo que de él se desprendía nos afectaba perfectamente: lo bueno, lo malo y lo peor; y que en la plaza, el pueblo español había encontrado la realización festiva más elocuente de su intimidad.

*Memorial literario, instructivo y curioso de la Corte de Madrid; Discursos literarios, políticos y morales; Noticias varias y curiosas de Madrid y Miscelánea instructiva, curiosa y agradable*, pueden mencionarse como ejemplos de papeles periódicos que durante el siglo XVIII se encargaron de mantener viva en la opinión pública las innumerables disputas taurinas.

Desde los inicios del periodismo, el rudimentario universo del toreo siempre encontró un hueco en el que acomodarse<sup>2</sup>. Por ello, no debe sorprendernos la afirmación de Bernal Rodríguez, el cual sostiene que «la información taurina es, por lo menos, tan antigua como las más remotas manifestaciones paleoperiodísticas y permanece indisolublemente unida al periodismo a lo largo de todas las etapas de su gestación y desarrollo» (1998: 27).

---

<sup>2</sup> El catedrático Pizarroso Quintero ha publicado en esta revista un magnífico y documentado artículo sobre los periódicos que en el siglo XVIII informaron de toros; véase: “Prensa y toros en el siglo XVIII” en *Revista de Estudios Taurinos* n.º 18, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, 2004, págs. 205-249.

Con lo cual, fenómenos de largo alcance social, como son el toro y la comunicación, son acontecimientos históricos íntimamente entrelazados que se han convertido en elementos configuradores de la cosmovisión de nuestra comunidad. Y nuestra conclusión es que si el devenir taurino forma parte de la actualidad (entendida ésta como todo aque-

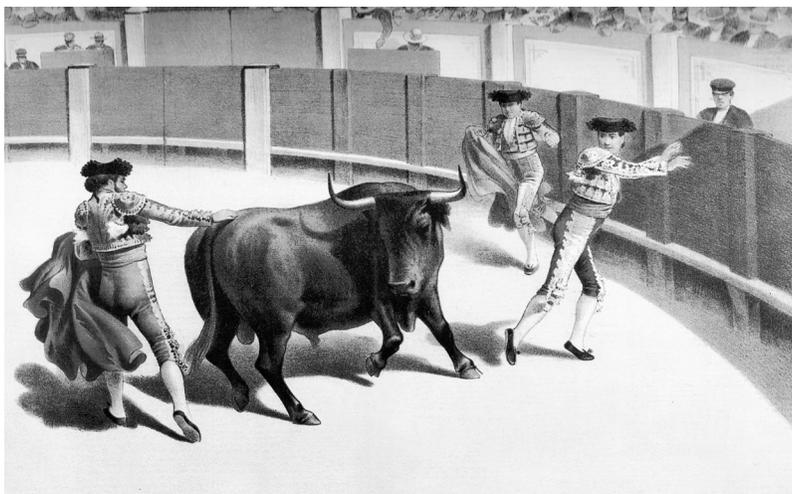


Fig. n.º 42.- *Un quite célebre de Montes*. Litografía de *La Lidia*. Apud López Uralde (2000: 14, lám. 66).

llo que por sus amplias repercusiones interesa a un amplio colectivo de personas) y ésta es un elemento crucial de los medios de comunicación, es del todo comprensible que los festejos de toros fuesen reseñados en los distintos periódicos.

III. LAS REVOLUCIONES DE MONTES Y LAS  
TRANSFORMACIONES PROVOCADAS POR  
*PAQUIRO* EN LOS ROTATIVOS DECIMONÓNICOS

Los diversos problemas políticos que ensombrecen la vida española a fines del siglo XVIII hacen que el tema taurino pase a un segundo plano dentro de los debates sostenidos por la incipiente opinión pública. Esta regresión política y taurina provoca que el *Diario de Madrid* dejase de publicar relatos taurinos en el año 1799. La información de toros en dicho medio volvió en forma de anuncio de las corridas pero no de su relato ya bien entrado el siglo XIX.

Prueba más que evidente del decaimiento del toreo lo encontramos en los tipos de festejos que se celebraban por aquellas fechas. Tras la invasión de las tropas napoleónicas, empezaron a programarse, junto con la corrida tradicional, espectáculos de lo más heterogéneos, en los que se mezclaba lo estrictamente taurino con números circenses, luchas entre animales, mojjingangas...

«La decadencia del espectáculo se acusa en que no basta que actúe un picador como Luis Corchado y un matador como Herrera o Guillén para atraer al público –como ha escrito Francisco de Cossío–; es preciso que añadan los alicientes de toros embolados y una mojjinganga representada por una famosa comparsa de seis parejas de las más arrogantes (...) harán las delicias de los asistentes» (1986: 8, 62).

También la literatura española, y por ende los pensadores más relevantes de los primeros años del siglo XIX, sufren su especial revolución. Los románticos españoles despreciaron el mundo de los toros, salvo los cultivadores de los artículos costumbristas publicados en los periódicos. Los literatos todavía estaban aprendiendo y asimilando las enseñanzas morales y filosóficas de la Ilustración francesa. Sin embargo, tras la guerra de

la Independencia, los escritores europeos, ingleses y franceses principalmente, modificaron esencialmente la visión que tenían de España.

Surge un renovado interés por conocer de primera mano las costumbres y la forma de vida de los españoles. Esta atracción por un pueblo corajudo, que con pocas armas se había enfrentado a un ejército regular como el francés, impulsa a estos románticos extranjeros a viajar por la Península, para conocer de primera mano sus peculiaridades. Por los caminos españoles los escritores viajeros encuentran imágenes literarias que se adecuan milimétricamente a sus códigos estéticos: primitivismo, sensualidad, heroísmo, tradicionalismo. La figura del bandolero, del campesino, del gitano, y cómo no, la del torero fueron elevadas a la categoría de símbolo.

Como muy atinadamente ha escrito González Troyano, «en este contexto la personalidad singular del diestro y la carga dramática de la fiesta de toros habían de despertar lógicas expectativas literarias, entre los muchos viajeros que recorren, por entonces la Península. Algunos, en sus testimonios, no traspasarán el umbral de la mera descripción (...) otros realizan una narración pormenorizada de cuanto sucede en la corrida y en el ambiente que la condiciona» (1988: 111). Con lo cual, la situación era la idónea para que resurgiese con fuerza la figura del héroe popular, con nuevos atributos y con nuevas exigencias, alejadas del pintoresquismo de las modas dieciochescas.

En este contexto tan propicio irrumpe la figura de Francisco Montes *Paquiro*, alumno de la Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla, fundada por el rey Fernando VII (1830) y regida por el rondeño Pedro Romero, ayudado por José Cándido. Una personalidad tan marcadamente peculiar como la suya, repleta de arrojo en todos los ámbitos de la vida, fue el mejor acicate para que el toreo saliese del oscuro túnel por el que había atravesado en los primeros años del siglo.

*Paquiro* personifica el ideal colectivo que estaban buscando los románticos extranjeros. Fue llamado *el Napoleón de los toreros*<sup>3</sup> por su indiscutible maestría con el capote, por su sapiencia en los quites, por su madurez con las banderillas y por la destreza con la muleta. No fue su fuerte la espada, pero fue un detalle pasado por alto por casi todos. Manda escribir su *Tauromaquia completa* (1836) a Manuel Rancés Hidalgo<sup>4</sup>, ofreciendo una nueva legislación cuya misión principal es dignificar la profesión del torero para evitar, de este modo, que los intrusos le hiciesen sombra al matador. Con lo cual, aunque parezca paradójico su librito participa del espíritu racionalista de la época y forma parte de esa Ilustración a la española a la que antes hemos aludido.

Su *Tauromaquia* contribuirá de manera determinante a valorar una profesión que aspiraba a su máximo reconocimiento. En un medio como el taurino, prácticamente analfabeto, un cuerpo doctrinal escrito por un torero venía a ennoblecer la imagen social del matador. Las bases las puso *Pepe-Hillo* y la consolidación provino de *Paquiro*.

No fue ésa su única aportación; además ordenó la cuadrilla y transformó el vestido de torear recargándolo de oro. Hecho tremendamente rompedor, puesto que ese metal suntuario estaba sometido a una rígida legislación. Sólo podían vestirlo las gentes de más noble estirpe y los representantes de las instituciones del Estado y de la Iglesia. Al imponerlo, *Paquiro* logra que el torero, por regla general perteneciente al sub-mundo del hampa,

---

<sup>3</sup> Ver Fernández-Valdemoro, L.C. (1989): *El hilo del toreo*, Madrid, Espasa-Calpe, pág. 91.

<sup>4</sup> Ha sido la profesora Celia Forneas la que, luego de un exhaustivo trabajo documental, ha comprobado que la *Tauromaquia completa*, o sea, *el arte de torear en plaza*, pertenece a Manuel Rancés Hidalgo, amigo personal del torero, y no a Santos López Pelegrín, como comúnmente se defiende. Véase: *Periodistas Taurinos españoles del siglo XIX*, Madrid, Fragua, 2001, págs. 207-234.

adquiera el rango social de un Príncipe; es decir, significaba instalarse dentro de los seres socialmente relevantes.

La figura de este torero es erigida por las plumas extranjeras como el héroe único, de insuperable personalidad e incomparable al resto. Richard Ford, Teófilo Gautier, Lord Byron..., entre otros, en algún momento de sus obras se han referido a las cualidades de este torero.

Sus compañeros de profesión, como Roque Miranda, el aristócrata Pérez de Guzmán o el *Chiclanero*..., no pudieron competir con él ni recibieron atención tan exacerbada por parte de esos escritores. Prosper Mérimée, por ejemplo, se refirió a él en los siguientes términos: «Todo lo que la fama ha publicado de verdadero o de falso acerca de los matadores clásicos, *Pepe-Hillo* y Pedro Romero, Montes lo hace ver cada lunes en el circo nacional, como dicen ahora. Valor, gracia, sangre fría, destreza maravillosa, todo lo reúne» (1968: 165).

Francisco Montes va a ser el primer gran dominador del toreo, es decir, la primera gran figura que va a mandar de forma hegemónica en todos los entresijos de la Fiesta. Su liderazgo no admitió ninguna sombra posible. Los aficionados a los toros vieron en el diestro gaditano la realización de unos ideales de vida que tenían su razón y centro de actividad no sólo en el ruedo sino también fuera de él. Este extrapolar la función sagrada llevada a cabo en la plaza con lo profano de la cotidianidad era una exigencia de la propia sociedad que el torero tuvo que asumir para convertirse en héroe popular.

Esta relevancia también tuvo su repercusión inmediata en el mundo del periodismo. Gracias al impulso dado por *Paquiro* a la Fiesta, los editores de los periódicos volvieron a publicar con frecuencia relatos de toros. Es decir, la opinión pública empieza a hacerse eco de la polémica de la pertinencia o inconveniencia del toreo.

*El Correo Literario y Mercantil* toma partido en pro de la Fiesta. Desde sus comienzos publica reseñas taurinas, pero con una gran diferencia con respecto a los textos del *Diario de Madrid*. Los primeros párrafos en los que se informaba de los acreditados personajes que los presidían son sustituidos por un exordio erudito, de contenido filosófico o histórico en defensa de la Fiesta de los toros.

*El Correo*, aprovechando el tirón popular de Montes decidió iniciar una peculiar instrucción para sus lectores menos versados en cuestiones tauromáquicas. Durante todo el año 1831 publicó un diccionario en el que se recogían las definiciones de las voces más diversas de la jerga taurina. Expresiones como «tomar el olivo» «salir de najas», «entrar a por uvas», «al que no hace la cruz se lo lleva el diablo»... son cuidadosamente explicadas con argumentos técnicos y sobrados ejemplos.

Pedro Romero, *Costillares*, *Pepe-Hillo*, también recibieron algún que otro elogio provenientes de la tipografía impresa. Pero al no gozar de la imagen popular del héroe que representaba *Paquiro*, el aplauso que recibían era moderado, casi imperceptible para el lector. Tan es así que era costumbre que los periodistas se disculpasen ante los lectores por su atrevimiento. Sin embargo, cuando la loa periodística se refería al gran torero de Chiclana, parece que no reconocer sus virtudes sería una torpeza. Puede apreciarse claramente en este fragmento de *El Observador*:

«La falta en nuestras plazas de Francisco Montes sería una pérdida irreparable para la Tauromaquia. En la función de la tarde de ayer se ha visto confirmada aquella verdad. Durante su presencia en la lidia, todo es movimiento, todo es alegría, los lances se suceden rápidamente y siendo así, crece más rápidamente el entusiasmo del público<sup>5</sup>».

---

<sup>5</sup> Véase *El Observador*, 15 de octubre de 1834.

No sólo el público es el beneficiado cuando actúa *Paquiro*. También es un alivio para sus compañeros de cartel ya que éstos se ven protegidos por la astucia del torero. Se ganó su fama no sólo por su forma de manejar el capote sino porque estaba pendiente de toda la lidia, participaba en todos los quites, banderilleaba y salvaba de inminentes peligros a los miembros de cualquiera de las cuadrillas.

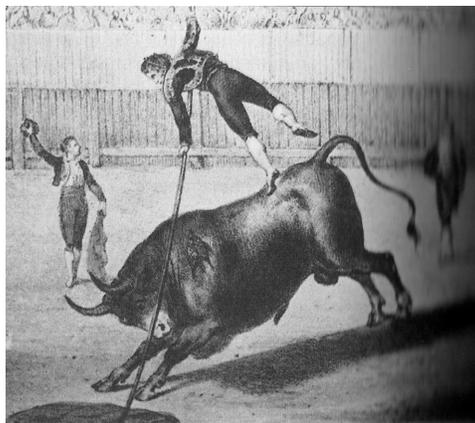


Fig. n.º 43.- *Paquiro en el primer tercio*. Litografía de la época. Apud Claramunt (1989: 287).

«Dígalo sino el intrépido joven Antonio Romero que caído con su caballo en el suelo al impulso irresistible del primer toro de Gaviria, se vio enteramente descubierto y hecho el juguete de la fiera, que nadie pudo distraer, hasta que Montes, asido de la cola, pudo conseguir separarle del objeto»<sup>6</sup>.

Llama la atención el cambio de actitud del narrador. Él ya no se enfrenta a los hechos como con un afán objetivo, rayano

---

<sup>6</sup> Véase *El Observador*, 22 de octubre de 1834.

en lo estadístico, como era norma hasta esos momentos. Como hemos leído, ahora procura introducirse en la catarsis taurina para hacer sentir a los lectores las sensaciones que se han vivido en la plaza. Su función no consiste en ser un mero testigo de los acontecimientos, que ve y transcribe, sino que además se implica en ellos y, por tanto, toma partido por el torero más destacado del momento, elogia sus virtudes, explica sus actuaciones...

Otra gran transformación propiciada por la figura del matador de Chiclana va ser más sutil, pero no por ello menos trascendente. Aunque se mantiene la tradicional estructura cronológica en la redacción de los textos taurinos, la originalidad que se introduce en la etapa del dominio de *Paquiro* está en la distribución de la información.

Cambia el protagonista. Antes lo cronológico venía marcado por la aparición del toro en el ruedo. Gracias a la preponderancia que adquiere el matador, como responsable último del triunfo, el hilo argumental de los textos taurinos va a referirse, casi en exclusividad, a las actuaciones de éstos. El toro deja su papel de protagonista periodístico al espada. Es decir que cronológicamente se informa de la actuación de los toreros tanto en su primer como en el cuarto toro, así en el segundo como en el quinto...

El nuevo género periodístico-taurino, denominado folletín de toros<sup>7</sup>, se apoya también en *Paquiro* para relanzar la lectura de los periódicos. Este nuevo género ocupa un lugar privilegiado, puesto que se suele publicar en la portada de los medios, y en comparación con las reseñas taurinas ofrece más espacio para las descripciones, las críticas, las valoraciones... Y también, se

---

<sup>7</sup> Para conocer el verdadero trasfondo de los folletines de toros consúltese Gil González, J. C.: "El relato periodístico de la Fiesta de toros: de la reseña del setecientos a la moderna crónica taurina" en *Revista de Estudios Taurinos*, n.ºs 19-20, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, 2005, págs. 364-372.

hace común introducir temas de actualidad política (la vida parlamentaria, las guerras carlistas, la libertad de prensa...) entre las narraciones de materia taurina. Escritores como Santos López Pelegrín (*Abenámar*) y Estébanez Calderón (*El Solitario*) se dedi-



Fig. n.º 44.- Dos portadas de periódicos de la época. Apud Cossío (1989: 548, 549).

can a componer estos textos tan sugerentes, en el que uno de los principales protagonistas es Francisco Montes.

«Salió el primer toro. Era de Gavira, buen mozo, retinto oscuro y aunque flojo y receloso al principio se quedó como falange unitaria. Tomó diez varas. El bicho era de sentido, se arrancaba con coraje, y sin la habilidad de Montes, que en dos de estos arranques le dio pases de pecho difícilísimos, se lo hubiera llevado en los cuernos»<sup>8</sup>.

La huella indeleble que dejó *Paquiro* en los periódicos puede calibrarse en las continuas referencias que éstos hacen a su persona cuando ya había dejado la práctica profesional. Hacía ya dos años que había abandonado los ruedos y todavía se le recordaba por cualquier motivo. Ni la afición, ni los narradores taurinos habían olvidado sus aportaciones, sus pequeñas revoluciones tanto en la vida social como en la Tauromaquia...

«Entre Aranjuez y Madrid poco hay que elegir. La empresa que tiene a su cargo la plaza de la Corte hace sin embargo mucho menos para complacer al público que la que corre con la de Aranjuez. En ésta a lo menos suelen correrse buenos toros. (...). ¡Malo vendrá que bueno me hará! Y que tan patentemente estamos viendo en la presenta temporada. Caros pagamos entonces nuestros asientos, de verdad, pero en cambio veíamos salir al redondel a los mejores toreros de España: a Montes, que aún vivía, *El Chiclanero*, *Cúchares*, alternando al mismo tiempo»<sup>9</sup>.

Puede apreciarse en este fragmento el trasunto de verdad que se esconde tras el dicho popular de *empeñar hasta el*

---

<sup>8</sup> Véase *El Correo Nacional*, 14 de mayo de 1841. También puede leerse el folletín completo en Estébanez Calderón, S. (1955): *Obras completas*, Madrid, T. II, pág. 484.

<sup>9</sup> Véase *El Enano*, 8 de junio de 1851.

*colchón* para ir a los toros. Ver a Montes y a *Cúchares* estaba al alcance de economías holgadas; pero los más humildes, los que acudían y acuden a los toros por verdadero y hondo fervor, por tener la sensación de que en el ruedo se asiste a un rito que nos afecta muy profundamente, empeñaron y empeñan hasta el colchón.

Las determinaciones heroicas de Francisco Montes, entre las que cabe destacar, además de sus virtudes taurinas, cierto carácter moral, unido a la repercusión que éstas tuvieron en la prensa y en la literatura romántica escrita por los viajeros extranjeros, influyeron en el ascenso social y vertiginoso de la figura del toreo. Puede decirse que los cambios propiciados en el mundo del periodismo no hubiesen sido posibles sin la atracción popular de un torero como *Paquiro*; pero a la vez éstos fueron cómplices para que el triunfo, casi milagroso, de la vida sobre la propia muerte fuese convertido en uno de los signos de identidad más *sui generis* de nuestra comunidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aubert, P (1977): "El acontecimiento," en Tuñón de Lara, M: *Metodología de la historia social de España*. Madrid, Alianza.
- Bernal Rodríguez, M. (1998): *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*. Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros.
- Cossío, F (1986): *Los toros. Tratado técnico-histórico*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Gil Calvo, E (1989): *Función de toros*. Madrid, Espasa-Calpe,
- González Troyano, A (1988): *El torero héroe literario*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Habermas, J (1994): *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Mérimée, P (1968): *Carmen y una corrida de toros*. Barcelona, Montaner y Simón.
- Sáiz, M.D (1983-1996): *Historia del periodismo en España. Los orígenes. El siglo XVIII*. Madrid, Alianza.
- Tuñón de Lara, M (1977): *Metodología de la historia social de España*. Madrid, Alianza.

## PERIÓDICOS

- El Observador*. 15 de octubre de 1854 / 22 de octubre de 1834.
- El Correo Nacional*. 14 de mayo de 1841.
- El Enano*. 8 de junio de 1851.

